

entró en la cárcel un gentilhomme enviado por el rey, el cual le dijo de su parte, que S. M. estaba arrepentido de lo que habia ejecutado con él; que le perdonase aquella injuria, y olvidando todo cuanto habia pasado, saliese de la cárcel, y fuese libre á gozar de su sosiego. Le aconsejó al mismo tiempo que para afirmarse mas en la gracia del rey, procurase al dia siguiente hacerle la corte, asistiendo con los demás personajes á la comida. Asintió el santo, y segun lo pactado, fué á palacio al dia siguiente mientras el rey estaba comiendo, del cual fué recibido con demostraciones muy honorificas. Habiéndose quitado la mesa, y despedido la comitiva, manda el César que Nepomuceno venga á su presencia, lo cual se ejecuta. Inmediatamente comienza á explicarse, manifestando su desasosiego é inquietud por saber lo que deseaba, y rogando al santo que le descubra una por una todas cuantas cosas le habia manifestado la reina en el sagrado tribunal. Su pretension iba acompañada de cuantos artificios puede sugerir una pasion loca, ayudada de todas las astucias que puede inspirar el demonio. Unas veces le halaga y lisonjea, otras manifiesta dureza y severidad; ya promete guardar un inviolable silencio, ya desmiente su promesa con las perversas intenciones que se dejaban entrever en los artificios de su curiosidad. Unas veces le excita con los premios, honores y dignidades mundanas; y otras prorrumpe en amenazas, dándole á entender que ejecutaría en su persona los mas atroces y sangrientos castigos. El santo respondió á este discurso explicándole el ministerio de confesor, lo sagrado y augusto del sigilo sacramental, y concluyó con que ninguna cosa seria capaz de hacerle faltar jamás á sus deberes. Esta firme respuesta irritó de tal modo el corazon del principe, que inmediatamente mandó llamar á sus satélites y al verdugo, á quien ordinariamente tenia

á su lado, y por una cruel bufonada le daba el nombre de *padrino*. Dióles orden de que llevasen al santo á la cárcel, y que, poniéndole sobre un potro, descoyuntasen sus miembros, y quemasen con hachas encendidas sus costados. Créese que asistió al tormento el rey cruel, ya por su costumbre de asistir á las bárbaras ejecuciones, ya porque esperaria descubrir entre aquellas crueldades alguna parte de los secretos. El mártir de Jesucristo sufrió aquel tormento horroroso con invencible constancia; su alma embebida en Dios, y apartada de los dolores que padecia su carne, estaba fija en Jesucristo y en su santísima Madre, pronunciando sin cesar sus dulces nombres. Al fin le descendieron del potro, casi próximo á espirar, y le dejaron en la cárcel, donde el Señor visitó á su siervo; y llenó su alma de las mas dulces consolaciones.

Nada hay mas cobarde en el mundo que la crueldad y la tiranía. Al paso que la ferocidad de Venceslao tenia sus delicias en ver derramar sangre, y oír los lamentos que arrancaba su venganza de los afligidos corazones, temia á cada paso el justo castigo de sus excesos, que le reprendia su conciencia. Rezeloso del escándalo que habia de causar en toda la corte lo que habia ejecutado con un varon tan santo y respetable, mandó que le sacasen de la cárcel secretamente, y le dejasen ir libre á su casa. San Juan Nepomuceno, olvidado enteramente de las injurias, dolores y tormentos que habia padecido, los ocultó en el secreto de su corazon, sin participarlos á ninguno; ni aun á sus amigos y familiares. Procuró con el mayor sigilo curarse las heridas, y restablecido de ellas volvió con nuevo ardor á emplearse en las sagradas funciones de su ministerio. Conocia muy bien la indole severa y contumaz del obcecado principe, y que no desistiría de su intento hasta quitarle la

vida. En esta inteligencia redobló los ejercicios fervorosos de piedad en que antes se ocupaba, preparándose de este modo á una muerte violenta, que, avisado del cielo, sabia estaba ya muy cercana. Predicando un día en la iglesia de San Victor, y tomando por texto estas palabras: *Dentro de poco no me volveréis á ver mas*, repitió tanto esta expresion: *Ya serán muy contadas las palabras que oigais de mi boca*, que todo el auditorio comprendió que les anunciaba la proximidad de su última hora. Al fin del mismo discurso, poseido de una especie de entusiasmo profético, con lágrimas en los ojos, predijo los males que habian de inundar aquel reino: dijoles que dentro de poco tiempo saldria del abismo una funesta herejia, que mezclaria sacrilegamente lo sagrado y lo profano con una confusion escandalosa; que serian consumidos por el fuego todos los templos y conventos de Bohemia, y que los sacerdotes perecerian con tormentos exquisitos; últimamente, que estaba cercano el desgraciado fin que habia de tener la religion católica en todo aquel reino. Concluyó el sermón, despidiéndose de todos, pidiendo perdon á prelados y canónigos de la iglesia de Praga, con las expresiones mas humildes, acusando su inocente vida, y ponderando sus mas leves faltas. Florecia á la sazón la iglesia de Bohemia por la observancia de la disciplina eclesiástica, por la santidad y sabiduria de sus prelados, y por la integridad de costumbres con que vivian sus ministros. Esto mismo causó mayor admiracion á cuantos oyeron el sermón de un varón tan santo, lleno de profecias tan funestas, y de novedades que conmovian los corazones de todos. El dolor interior, el respeto, la sumision á los divinos arcanos, se apoderaron de sus almas en tanto grado, que el abatimiento y desconsuelo se manifestaban en sus semblantes, el silencio en sus bocas, y las lágrimas en sus ojos.

Hay en Breslau una devota imagen de Maria santísima, venerada con gran piedad de los fieles, quienes la recibieron de san Cirilo y san Metodio como una prenda segura de sus felicidades, y un lugar de refugio adonde acudiesen en sus infortunios y trabajos. A este santuario se fué san Juan Nepomuceno, pocos dias despues de haber predicado aquel famoso sermón, para ocuparse en oracion fervorosa, y en piadosos ejercicios con que prepararse para la muerte. Las veras con que imploraria los divinos auxilios; los tiernos afectos con que llamaria una y mil veces á la Madre de piedad, á quien desde muy niño se habia entregado con una devocion ardentísima; los encendidos suspiros que saldrian de su pecho pidiendo al Omnipotente su asistencia para sufrir con valor la muerte por su nombre, solo Dios, que ve los secretos del corazon, y que tiene en su diestra aquel peso de eterna justicia con que pesa los méritos de los justos, puede saberlo. Pero la vida inmaculada de este santo, sus costumbres inocentes, su vida fervorosa, y el horror de una muerte cercana, persuaden que en aquel santuario derramó los mas ardientes suspiros que habia exhalado en su vida, preparándose para el martirio con oraciones dignas de esta sublime gracia.

Confortado vigorosamente Nepomuceno con los auxilios del Espiritu Santo, volvia de Breslau á Praga, al tiempo que el ocioso rey, despues de haber satisfecho su destemplanza y su gula, miraba desde una ventana lo que pasaba en la calle. Por casualidad pasó por allí el santo, y su vista reprodujo en el ánimo del rey todos los furiosos afectos que anteriormente habia manifestado. Una nube de zelos y sospechas contra su inocente esposa se puso delante de sus ojos; la memoria de las repulsas que se habia llevado su sacrilega pretension, y la constante firmeza

con que el siervo de Jesucristo le había resistido, exacerbaron su corazón y llenaron de furia su pecho, de tal manera que más que hombre, parecía un león enfurecido. Envía al punto ministros que le traigan ante sí á san Juan; y no sufriendo la cólera detenerse en muchas palabras, le dijo lacónicamente: *Ten entendido, ó sacerdote, que vas á morir, si inmediatamente no me revelas la confesion de mi mujer, exponiendo todas cuantas cosas ha fiado á tu secreto, aun las más minimas. Está concluido, morirás: juro á Dios que beberás agua.* Con esta última expresion significó la perversa intencion que tenia de hacerle precipitar en el rio desde lo alto del puente. Oyó san Juan Nepomuceno la sacrilega pretension del airado y contumaz monarca; y juzgando indigno del sacerdocio responder tantas veces á un asunto tan impío, despreció la propuesta del rey sin dignarse siquiera darle respuesta de palabra; pero con el semblante severo, y volviendo á otro lado la cabeza, manifestó lo execrable del delito, y la abominacion con que lo miraba. El rey furioso llama á grandes voces sus satélites y verdugos, los cuales, cogiendo al santo con gran furia, le llevaron á otra estancia, esperando las órdenes del rey para ponerlas en ejecucion. Este, temeroso de que se sublevase el pueblo si se ejecutaba públicamente la pena de muerte en el santo, les dió orden de que le llevasen con secreto en el silencio de la noche al puente que tiene el rio que divide á Praga antigua de la nueva Praga, y atado de piés y manos le precipitasen en el rio. Los verdugos obedecieron ciegamente el decreto inicuo; y habiendo llevado al santo al expresado puente, ejecutaron la sentencia, por medio de la cual consumó san Juan Nepomuceno el glorioso martirio en defensa del sigilo sacramental. Sucedió este en la vispera de la Ascension del Señor, año de 1383.

Habia deseado el cruel monarca cubrir con el silencio los excesos de su ferocidad; pero el cielo, que había ilustrado con el milagro de unas luces resplandecientes el nacimiento de su siervo, quiso glorificar con las mismas luces milagrosas su preciosa muerte. Creció repentinamente el rio Moldava, y entre sus olas bulliciosas llevaba como en pompa el santo cadáver, acompañándole continuamente aquellas resplandecientes luces, que parecian hacerle los funerales. Conmovióse toda la ciudad á espectáculo tan peregrino, preguntándose unos á otros qué sucedia, ó qué había sucedido que moviese á semejantes portentos al cielo. La reina Juana, que ignoraba lo que había pasado, fué presurosa á buscar á Venceslao, y mostrándole las luces que sobre el Moldava se veian, le preguntó qué podía significar aquel portento. Semejante pregunta, la conciencia de su delito, y el ver con sus ojos tan grande milagro, todo junto hirió como un rayo aquella alma proterva, de tal modo que se apartó á un aposento retirado, y por espacio de tres dias permaneció sin hablar con nadie, bien fuese amedrentado del temor, ó simulando un dolor fingido de lo que había hecho. Por toda aquella noche permanecieron las llamas al rededor del santo cadáver, y en los ánimos de los ciudadanos la admiracion y la duda, hasta que al amanecer del dia siguiente vieron todos con dolor el origen de las luces maravillosas. Vieron en las orillas del Moldava un cuerpo exánime, que por el vestido, por la majestad y gracia del semblante, y por la decentísima postura en que estaba colocado, conocieron ser el de san Juan Nepomuceno. Divulgóse al instante por toda la ciudad el rumor de un hecho tan bárbaro, cuyo autor se dejó conocer bien presto, ya por los antecedentes que había contra el César, ya porque sus aduladores, satélites y verdugos eran in-

capaces de guardar silencio, por lo que sucede en tales casos. Llegaron finalmente á entender los canónigos de la santa iglesia metropolitana el hecho atroz, y ordenando una devota procesion, tomaron con mucho honor y reverencia el cuerpo de su santo hermano, y lo trasladaron á la iglesia de Santa Cruz de los Penitentes, que estaba allí cerca, depositándolo hasta tanto que se dispusiese en la iglesia metropolitana un digno sepulcro. Premió el santo esta piedad, zelo y fortaleza de sus hermanos en procurar honrar su cadáver á la vista de un príncipe, en quien era tan pronta la ira como la ejecucion de sus intentos. Al tiempo que, para formar el honroso sepulcro que habian meditado, cavaban los cimientos en la iglesia de San Víctor, se encontró un tesoro con gran copia de oro, plata y alhajas preciosas, que parecian ser el precio que el cielo destinaba á la piedad de los canónigos.

Entre tanto permanecia el cuerpo de san Juan en la iglesia de Santa Cruz, adonde concurrió inmensa multitud de gente á venerar al mártir de Jesucristo. Unos publicaban la constancia y fortaleza que habia tenido entre los atroces tormentos, y en la misma muerte; otros ensalzaban la causa de su martirio, que cedia en tanta gloria del sigilo sacramental: besábanle otros los piés y las manos, encomendábanse á su poderosa intercesion, y tocaban al santo cuerpo rosarios y medallas para tenerlos por reliquias. Y como la solemnidad del dia de la Ascension ofrecia buena ocasion para desahogarse á su salvo la encendida piedad de los fieles, se juntaron estos en tanta multitud, manifestando á voces el concepto que de san Juan les inspiraba el cielo, que se puede decir que desde aquel punto fué canonizado por santo. Noticioso el rey de lo que pasaba, y temiendo una sublevacion en el pueblo, mandó decir á los religiosos

de Santa Cruz que impidiesen el tumulto en su iglesia, retirando el santo cadáver á un rincon el mas apartado. Hizose lo que mandaba el tirano monarca, pero dispuso el cielo que esto mismo sirviese para mayor gloria de nuestro santo. Fué el caso, que el cuerpo de este encerrado y escondido comenzó á exhalar tan suave fragancia, que de ninguna manera pudo mantenerse oculto, ni dejar de aumentarse de nuevo el concurso numeroso de los que acudian á venerarle. Para colocarle en lugar mas decente y proporcionado á los continuos votos que ofrecian los fieles agradecidos á sus favores, se habia construido un sepulcro honorífico en la iglesia catedral. Los canónigos, todo el clero, y una inmensa multitud de pueblo, se formaron en procesion; y habiendo ido á la iglesia de Santa Cruz, tomaron el cuerpo del santo, lo llevaron con gran pompa á la metropolitana, resonando al mismo tiempo todas las campanas de la ciudad, y aclamándole por santo todo el concurso numeroso. Antes de enterrarle, á peticion del pueblo, se abrió el arca en que estaba el cadáver depositado, el cual fué venerado de todos, recibiendo al mismo tiempo con su contacto salud repentina muchos enfermos. Depositóse finalmente en el sepulcro preparado, acompañando este acto las lágrimas de todos, principalmente de los pobres, que con la muerte de san Juan Nepomuceno lloraban la pérdida de un padre. Púsose encima del sepulcro una gran piedra, y en ella una inscripcion que decia así: *Aquí yace el venerable señor y maestro Juan Nepomuceno, canónigo de esta iglesia y confesor de la Reina, el cual, habiendo sido tentado en vano por Venceslao, rey de Bohemia, hijo de Carlos IV, para que quebrantase el sigilo sacramental, sufrió con invicta constancia crueles tormentos; y últimamente, fué precipitado desde el puente al rio Moldava. Ilustre Dios con milagros,*

*y fué sepultado en este sitio en el año del Señor de 1383.*

Veneróse su cadáver por mucho tiempo en este sepulcro, haciéndole Dios glorioso con infinitos milagros, y visitándole con gran reverencia las personas mas condecoradas, como eran religiosos, canónigos, obispos, arzobispos, y hasta los mismos emperadores, quienes le tenían por santo. Pero no habia declarado esto la silla apostólica con la formalidad acostumbrada, hasta que en el año de 1719, siendo comisionado el obispo de Praga para reconocer el cadáver, pasó á hacerlo acompañado del cabildo y de toda la nobleza. Alzóse la lápida que cubria el sepulcro, y vieron todos con admiracion la integridad é incorrupcion del cadáver de san Juan Nepomuceno. Creció el pasmo, cuando habiendo hecho reconocimiento de la lengua, se halló estar fresca, y tan flexible, que no resistia á la cisura de una lanceta que se mandó hacer por un cirujano. Separóse esta preciosa reliquia en una rica caja de oro, é informado debidamente de todo lo acaecido Inocencio XIII, declaró el culto inmemorial; y Benedicto XIII le canonizó con toda la solemnidad que acostumbra la Iglesia en esta augusta ceremonia, extendiendo su culto por todo el cristianismo. Son innumerables los prodigios que ha obrado Dios por la intercesion de san Juan Nepomuceno con todos aquellos que han implorado su patrocinio en las mayores necesidades; pero en lo que mas se han manifestado las misericordias de Dios, y el grande valimiento que para con él tienen las súplicas de este su siervo, es en el favor que han experimentado los que padecian alguna injusta infamia. Es tambien singular protector y abogado de aquellos que, no habiendo tenido vergüenza para ser ingratos á su Dios, la tienen en el tribunal de la penitencia para manifestar sus culpas al confesor

y llorarlas con amargas lágrimas de compuncion. A unos y otros favorece este santo, y por su intercesion logran la integridad de su honor, la paz de su conciencia, y la expiacion perfecta de sus delitos: por todo lo cual sea Dios glorificado en sus siervos. Amen.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Gubio, san Ubaldo obispo, célebre por sus milagros.

En Isauria, la fiesta de los santos mártires Aquilino y Victoriano.

En Auxerre, el martirio de san Peregrino, primer obispo de esta ciudad, que con otros eclesiásticos fué enviado por el papa san Sixto á las Gaulas, en donde, despues de haber ejercido dignamente el ministerio de la predicacion evangélica, habiendo sido condenado á perder la cabeza, mereció la corona de la inmortalidad.

En Uzali en Africa, los santos Félix y Genadio obispos.

En Palestina, el martirio de muchos santos monjes, que fueron muertos por los Sarracenos en la laura de san Sábás.

En Persia, los santos mártires Abdas obispo, siete presbíteros, nueve diáconos y siete virgenes, los cuales, en tiempo del rey Isdegerdes, habiendo pasado por diversas clases de tormentos, completaron gloriosamente su martirio.

En Praga en Bohemia, san Juan Nepomuceno, canónigo de la iglesia metropolitana, el cual, habiendo sido instigado inútilmente á violar el sigilo de la confesion, fué arrojado en el Moldava, y mereció la palma del martirio.

En Amiens, san Honorato obispo.

En Mans, san Domnolo obispo.